

Ricardo Hepp Kuschel.  
Discurso de incorporación  
como Académico Correspondiente a la  
Academia Chilena de la Lengua  
6 de octubre de 2023

## Los rumbos de la palabra escrita

Tengo una inquietud añosa. Proviene, tal vez, de los días de estudiante de Periodismo, o quizá de poco antes, cuando la oralidad –la palabra hablada fusionaba su potencial con la imagen en Chile. Así llegó la televisión en los años `60 del siglo pasado a nuestras vidas y, aunque de manera bastante artesanal, lo hizo colmada de encanto, seducción y magia.

Pero, yo ya había decidido que la televisión no era lo que quería para mí. Lo mío debía ser la palabra escrita. Me interesaba esa palabra que estaba en los libros y periódicos, en blanco y negro. Sobre papel, al menos inicialmente.

Desde un comienzo, como alumno en práctica, bajé con frecuencia a los talleres de impresión del antiguo edificio del diario El Mercurio, en el centro de Santiago. Ese sitio más oscuro despertaba mi curiosidad y alimentaba mi imaginación. Allí tuve el primer encuentro con los hoy desaparecidos correctores de pruebas, que solían ser profesores de Castellano que trabajaban de noche y madrugada, revisando lo que habíamos escrito, examinando estilo y eliminando errores. Ellos tenían el poder de intervenir incluso en una nota editorial y también en los textos de reputados columnistas.

¡Cuánta falta nos hacen hoy esos correctores!

Por entonces, los talleres ocupaban espacios sombríos. Allí conocí el complejo proceso para materializar la palabra escrita y convertirla en palabra fundida que, en definitiva, permitía la impresión. Las linotipias –que hoy se conservan en algunos museos– eran sorprendentes ingenios mecánicos que componían los textos tipográficos. Disponían de un teclado de 90 caracteres, y en la parte posterior tenían una fundición. Las letras formaban palabras, línea tras línea, que en una aleación de estaño, plomo y antimonio se convertían en soberbias palabras metálicas.

La producción tipográfica varió muy poco en algo más de cien años, pero finalmente cedió espacio a la fotocomposición, que se realizaba en sitios iluminados, blancos y pulcros, sin acopio de metales pesados, fundición ni tinta. Estos equipos proyectaban luz a través de

un negativo que poseía los caracteres individuales de una determinada fuente.

Permitieron una producción más rápida y, sobre todo, limpia. Los periodistas de entonces pensábamos que ese sería el sistema definitivo para procesar la palabra escrita.

Pero, no. Vendría más. En años recientes, fuimos testigos del procesamiento de la palabra escrita para transformarla en palabra digital, electrónica e inmaterial en una pantalla. Otro prodigio humano.

oooooooooooo

Desde tiempos inmemoriales, los hombres nacen y mueren en el mundo; pero escriben, leen y comprenden signos hace tan solo unos ocho o nueve mil años. No muchos más. Me abruma saber que algunos de esos primeros hombres pudieron haber sido narradores y haber ideado relatos, que se perdieron para siempre en el silencio del tiempo. No hay registro de ello. Pero, estos hombres dejaron huellas en cavernas de todo el mundo con figuras de animales.

También en Chile existe pintura rupestre que muestra una caravana de camélidos en el Alto Loa; y también manos de color en inmediaciones del lago General Carrera. Alguien quiso dejar señas de su existencia o firmar su obra para decir, quizá, "yo estuve aquí".

En la revista *Science* leí tiempo atrás un artículo sobre el paleolítico superior, y si hoy me detuve brevemente en hombres de esos días, solo lo hice para rescatar que personas de formación muy, pero muy primitiva, al menos intentaron comunicarse...

Mucho después, tres personajes que no requieren mucha presentación: Homero, de Jonia; Jesús de Nazaret; y el griego Sócrates; a pesar de haberse expresado de manera oral, pudieron erigirse como figuras cruciales para el intelecto y la ética de Occidente. Ese talento se pudo haber perdido con ellos, como tantas otras expresiones orales, si los poemas épicos, el mensaje cristiano y el pensamiento socrático no hubieran quedado conservados para la posteridad en palabras escritas.

De nuestra prehistoria americana, por más que estudiemos su rastro, jamás podremos estar seguros de la autenticidad de lo que nosotros le atribuimos al pasado precolombino. Nos falta el registro escrito. Desde esta perspectiva, ellos construyeron pueblos sin historia. Cuando mucho conservaban recuerdos relatados por los abuelos, transmitidos a hijos y nietos de manera verbal. Todo lo anterior quedó sumergido en una prehistoria muda y desconocida.

Varios pensadores se han referido a esos momentos de frontera entre la oralidad y la escritura. El historiador Leopold von Ranke sostenía que *"la historia comienza allí donde los monumentos empiezan a ser inteligibles, allí donde se nos ofrecen datos escritos, dignos de confianza"*. También Oswald Spengler sugería que *"la escritura libera la conciencia de la presión que ejerce el presente sobre ella"*, y nos sugiere que la escritura es el primer síntoma de la vocación histórica.

¿Qué relación hay entre la oralidad y la escritura? Las dos experiencias son complementarias en cuanto a que, si bien la primera -la oralidad- pierde sus características ante la segunda, ambas contribuyen con vigor a la formación de la conciencia humana. Escribir no es posible sin la oralidad, pero contribuye a estudiarla y a comprender la vida humana porque le aporta distancia.

La palabra hablada tiene un gran poder del cual carece la palabra escrita, que es la manifestación de la emotividad. Me resulta sorprendente escuchar a una persona expresarse con la fuerza que desea darle a sus palabras. El grito y el susurro indican mucho en la comunicación.

Pero, claro, también hay palabras escritas que recogen y transmiten mucha emotividad y sentimiento. Solo que hay que imaginar lo leído con atención...

Pienso que nosotros estamos hoy tan habituados al registro escrito que nos resulta muy difícil concebir un universo oral de comunicación o de pensamiento.

Muchos autores ponderan la escritura y desdeñan la oralidad, o se olvidan de ésta, pero la base de nuestra comunicación es el habla: dialogamos, oramos, discutimos y hablamos. La expresión oral es capaz de existir -y casi siempre ha existido- sin ninguna escritura. Pero, nunca ha habido una escritura sin oralidad. La escritura expande el lenguaje como no puede hacerlo el habla, y despliega capacidades en nosotros, que nos permiten estudiar, reflexionar, investigar y desarrollar distintos aspectos de nuestras vidas. Podemos escoger un libro, un documento o un diario, y leer. Incluso releer y subrayar lo escrito, si es necesario.

El notable biógrafo austríaco Stefan Zweig, sostenía que *"los libros se escriben para unir a los seres humanos por encima del propio aliento, y así defendernos frente al inexorable reverso de toda existencia: la fugacidad y el olvido"*.

La fugacidad de Zweig es un elemento de la vida, independiente de la voluntad humana. Un mensaje huye y desaparece con rapidez, tiene

muy corta duración. Afecta principalmente a la oralidad, porque lo escrito, al menos, puede conservar el mensaje por más tiempo. Pero, sin cuidados, también puede desaparecer.

En su magnífico libro *"El árbol de la lengua"*, la filóloga española Lola Pons Rodríguez describe a nuestra lengua como un árbol; y a las palabras, como sus frutos. Me gusta esa analogía, porque imagino el árbol de Lola Pons, sólido y con infinidad de raíces, muy profundas Y, a sus millares de frutos – las palabras- les veo posibilidades infinitas...

Esos frutos -las palabras- los registra el *Diccionario histórico de la Lengua Española* como *"fonemas o secuencias de fonemas que pueden aparecer en diversos contextos o situaciones como unidades separables, libres, y provistas de una significación determinada"*. Pero, muchos periodistas prefieren sintetizar -quizá de manera poco académica- y decir que las palabras son simplemente *"unidades gráficas entre espacios en blanco"*... La prisa que se vive en las salas de redacción determina que tan solo bajemos las palabras del árbol de Lola Pons, y no siempre con el éxito deseado. Otra buena razón para echar de menos a los correctores de pruebas...

oooooooooooo

Detecté la palabra escrita en su sentido más profundo en el taller de Johannes Gutenberg, en la ciudad alemana de Maguncia.

Es el sitio más antiguo de Occidente dedicado a las artes de la impresión, producción de grabados y al desarrollo de la tipografía. En circunstancias muy especiales –una invitación del entonces rector de la universidad de esa ciudad- tuve el privilegio de conocer a puertas cerradas el desarrollo impresor que partió con el primer libro, en 1451.

Muy poco después, en 1456, el ya experto maestro impresor produjo con sus tipos móviles la obra cumbre de su taller: la célebre Biblia de 42 líneas.

Este retorno a los talleres de impresión me permitió contemplar de cerca un ejemplar abierto de esa Biblia, a través de un vidrio de seguridad, por cierto. Contemplar esas páginas fue una experiencia visual, porque reflejaban la cúspide de la creatividad humana convertida en libro.

La palabra escrita en los libros más antiguos marcó un hito decisivo en la vida cultural de Occidente, que consiguió que la lenta producción amanuense -que era tarea de monjes copistas en monasterios y cenobios- quedara atrás, en un lento desarrollo hacia la producción editorial como se concibe hoy.

Cada una de las 1.282 páginas de esta Biblia tiene dos columnas con 42 líneas, justificadas de lado a lado, para facilitar su lectura. No está plenamente documentado, pero se estima que el maestro imprimió solo 180 ejemplares: 135 sobre papel blanco de origen italiano y 45 sobre vitela, que es piel de ternero muy pulida, que permite una buena impresión y gran durabilidad. En el producto final trabajaron veinte personas por espacio de tres años. Lento si se quiere, pero rapidísimo para esos días.

Fue allí cuando volví a tener en cuenta el concepto de fugacidad de Stefan Zweig, porque gran parte de esos 180 ejemplares desaparecieron. Se perdieron para siempre. No hay rastro de su paradero, porque el fuego, las guerras europeas, el robo y el saqueo perdieron esas joyas en los 550 años transcurridos desde su impresión.

Fugacidad, porque hoy solo hay constancia de 48 unidades de esa Biblia, y no todas están completas. En Maguncia se conservan dos ejemplares originales, uno de los cuales llevo grabado de manera nítida en mi memoria. Se supone que la *Biblioteca del Congreso de Estados Unidos* conserva un ejemplar impreso sobre vitela (y, tal vez, otros en papel). También hay ejemplares en la *Biblioteca Británica*, en Londres; en la *Bibliothèque Nationale* de París; en la *Biblioteca Apostólica del Vaticano*, y en muy pocas ciudades europeas. Y, se sabe de dos ejemplares más que se guardan en Rusia.

De esa misma prensa salieron después otros cientos de libros, con encuadernaciones prodigiosas, con artísticos grafemas e iluminaciones decorativas, que fueron ampliando el horizonte humano a comienzos del siglo XVI. Todos son mudos testigos del ingenio de esos días.

oooooooooooo

Como ya mencioné, la palabra escrita volvió a cambiar su formato en años más recientes, con la transformación digital que revolucionó a los medios y a la forma de hacer periodismo. También modificó su relación con las audiencias: los lectores. Fue un misterio inicial para buena parte de los periodistas, sobre todo para los mayores, porque se trataba de información convertida a código binario -un lenguaje conformado por números ceros y unos- que emplean los computadores para almacenar y entregar datos.

Producía textos a gran velocidad, que se difundían a través de un conjunto único y descentralizado de redes de comunicaciones. Esta palabra escrita llegó a las salas de prensa acompañada de otra novedad: el computador personal. Obligó a dejar de lado las

máquinas de escribir y todos los procesos anteriores para producir textos. La digitalización fue para muchos como un episodio arrebatado de las páginas de Ray Bradbury: ficción pura.

Pero, no. La palabra escrita solo tenía un nuevo rostro, estaba en la pantalla.

Hoy, la palabra digital se utiliza en la composición de textos periodísticos, pero también en la producción de múltiples opciones de comunicación, como entradas a blogs y sitios personales que comparten información con otras personas. Y, claro, también originó el aluvión diario de correos electrónicos y mensajes en las redes sociales.

En 2010, *Nicholas Negroponte*, en su *Laboratorio de Medios del Instituto Tecnológico de Massachusetts* -el MIT por su sigla en inglés- produjo un libro que causó asombro en el ámbito periodístico: "*Ser digital*".

En sus páginas pronosticaba el fin de los medios escritos en cinco años, es decir, para 2015... Su pronóstico fue un tanto aventurado, porque la prensa escrita, sobrevive en este último trimestre de 2023 con algunas dificultades, pero sobrevive. Luego, *Negroponte* puntualizó: "*mucha gente ya no se informa a través de la prensa tradicional, sino cada vez más por las redes sociales*", y sostuvo que los periódicos, aunque continúen editándose, ya no existen, porque su peso específico es muy bajo... También la televisión, a juicio de *Negroponte*, está desapareciendo como medio informativo. "Tal vez no muera" -dijo- "*pero las nuevas generaciones parecen preferir el consumo de noticias e imágenes a través de YouTube o de otras muchas plataformas disponibles*".

No obstante, el augurado desplome de los medios tradicionales agudizó el ingenio de la industria. Nacieron medios nativos digitales en los propios diarios de papel, que buscan interpretar y aprovechar esta transformación. Éstos medios exploran nuevas tecnologías, con sensores que informan del entorno, cámaras portátiles que muestran imágenes, debate social con análisis de datos, foros y vídeos con teléfonos móviles, todas con distribución digital de contenidos multimedia a través de una red, de manera que el usuario pueda utilizar el producto mientras lo descarga.

Es la palabra escrita sin papel.

Debo mencionar otro fenómeno que aportó el mundo digital a las redes sociales. Es una nueva forma de escritura, que muchas veces abrevia las palabras de manera incorrecta o las reemplaza con símbolos y figuras para expresarse. Aparecieron los emoticonos

—pequeños dibujos creados con signos ortográficos— y los emojis, que son pictogramas con valor simbólico para expresar una idea, emoción o sentimiento en el ámbito digital de las redes sociales.

Al menos en la comunicación interpersonal, los emojis tienen el valor de poder ser comprendidos por personas de muy diferentes culturas e idiomas. Hay que reconocer que contribuyen a lograr el fin último de las lenguas: la comunicación entre las personas. Así, un rostro sonriente, unas manos que aplauden o un corazón se comprenden fácilmente. ¿será acaso un primer paso hacia un lenguaje universal que puedan entender todos?

Pero, los medios escritos tradicionales han apelado a un poder que *Negroponte* no menciona: la credibilidad. Esta resulta de la verificación constante de las fuentes y sus contenidos, que es -finalmente- lo que genera confianza en los lectores. Solo la verificación permanente de las fuentes puede evitar la manipulación, la desinformación y el engaño. Más que antes, el trabajo periodístico y de edición en los medios tradicionales va de la mano de la ética.

En la lectura ha quedado instalada la sospecha: ¿qué es lo verdadero y qué lo falso?

Puedo comprender bien a don Santiago Muñoz Machado, que fue director de la Real Academia de la Lengua en esos aislados días que vivimos durante la pandemia mundial. Cuando fue consultado en 2021 sobre el manejo de la lengua en las redes sociales, con pesadumbre, dijo: *“el manejo de la lengua en las redes sociales es una agresión a la gramática. Se utilizan abreviaturas, perífrasis que suelen ir en contra de la gramática y del léxico”*. Pero, luego, con un dejo de humor, agregó: *“afortunadamente no hablamos como nos comunicamos por whatsapp. De eso nos libramos”*...

Quiero subrayar que, independientemente de su soporte, la palabra escrita sigue siendo solo eso, una palabra escrita, que con distinta materialidad y formato estará siempre al servicio de la lectura... con la ventaja de concitar reflexión.

oooooooooooo

A partir de 1995 y hasta su muerte, en 2014, *Gabriel García Márquez*, guardián de un ejercicio profesional riguroso, reunía a periodistas como becarios en la *Fundación Gabo*, en Cartagena de Indias. Solía decirles que era necesario colgar un cartel en la puerta de acceso a las salas de prensa de los medios, reclamando un minuto de silencio... Pero, no en señal de duelo..., sino para recordarles que en su loca carrera por recoger una noticia y redactar un texto, debían destinar al

menos ese minuto de silencio para reflexionar sobre la gran responsabilidad que tienen.